

DÉCIMA CUARTA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

DUODECIMA INSTRUCCION.

EFFECTOS DE LA CARIDAD : SUMISION PERFECTA A LA VOLUNTAD DE DIOS ; AMOR A JESUS EN LA SAGRADA EUCARISTIA.

TEXTO. — *Super omnia autem charitatem habete, quod est vinculum perfectionis. Pero sobre todo tened caridad, que es vínculo de perfeccion.*

(CARTA A LOS COLOS., CAP. III, VER. 14).

EXORDIO. — Hermanos carísimos, decíamos en nuestra última instrucción, que la Caridad que es el acto de adoración por excelencia, nos inducía á evitar el pecado y á dolernos vivamente de él, cuando hubiésemos tenido la desgracia de cometerlo. Añadía al propio tiempo, que el motivo de este dolor no debía ser tanto el temor del infierno, como la Bondad de Dios, nuestro Padre celestial, cuyo amor y perfecciones infinitas ultrajamos, al cometer el pecado... Espero que me habréis comprendido bien... Pero no está todo ahí : el amor de Dios abrasaba los santos de un fuego celestial. Escuchad, ó sino los sentimientos expresados por la mayor parte de ellos. Comencemos por S. Agustín, me complazco en citarle. El fué primero un gran pecador : mas despues por su arrepentimiento y amor á Dios llegó á ser uno de los mas grandes santos. Por esto, si tambien nosotros hemos ofendido mucho á Dios amándole tambien mucho, podemos ser del número de los elegidos y de los santos. Escuchad, pues, lo que él decia dirigiéndose á Dios : « ¡ O amor, que siempre ardes y nunca te apagas, o Dios, que sois la caridad, abrasad con vuestro amor mi corazón ; haced que os encuentre, o amor de mi alma, vos sois mi completa ale-

gría, reinad en medio de mi corazón. El poseeros, el amaros es ya un cielo anticipado sobre la tierra¹ ! » Escuchad así mismo á S. Francisco de Asís, quien al contemplar las llagas del Salvador, todo trasportado de amor y gratitud, exclamaba : « ¡ O Dios mío ! ¡ O delicias de mi corazón ; cuánto deseo morir por vos !... hacedme la gracia de ser mártir² !... » No acabaría, si tuviese que mostraros á Sta. Catalina de Génova, á Sta. Teresa y tantas otras almas privilegiadas, todas encendidas, radiantes é iluminadas, aun en la tierra, por la ardiente caridad, con que amaban á Dios. ¿ Qué les importaban los castigos ó las recompensas en esos instantes deliciosos, en que Dios les hacía sentir las dulzuras de su amor ?... Para ellas la Caridad era ya el cielo.

PROPOSICION. — Pero descendamos de esas alturas... Las águilas se ciernen sobre la cumbre de las mas altas montañas... Dios lo ha dispuesto así... Sin embargo, son tambien bellos y bendicen á Dios á su manera los pajarillos, cuyo vuelo es mas modesto, y que con sus trinos regocijan nuestros jardines... Así, hermanos míos, sin pretender, que la Caridad deba producir en nosotros esos sublimes arrebatos, me contentaré con indicaros la manera mas propia como el amor de Dios puede manifestarse en el corazón del mas humilde de entre nosotros, si realmente estamos poseidos de la Caridad...

DIVISION. — Digo, pues, que si amamos á Dios de veras y por sí mismo, debemos amar : *Primero*, su santa y adorable voluntad y someternos á ella en todas las cosas. *Segundo*. Debemos profesar una tierna devoción á Jesucristo, siempre presente y digno de nuestras adoraciones en la santísima Eucaristia.

Primera parte. — Necesito, hermanos carísimos, de toda vuestra atención, para haceros comprender bien, que la union de nuestra voluntad con la voluntad de Dios, es la mejor prueba de nuestro amor y el acto de adoración que le es mas agradable... « El mas excelente camino, y el que mas glorifica á Dios, decia el beato En-

1. Soliloquios y Meditaciones, *passim*.

2. Su vida, por S. Buenaventura.

rique de Suzon, no es ciertamente aquel en que hay mas éxtasis, raptos y fervores extraordinarios; sino aquel en que sometemos en todo nuestra voluntad á la divina... Imaginaos al mas grande de los Angeles, al mas elevado de los Espíritus celestes; si éste supiese, que el deseo de Dios es que él cultivara los jardines, que arrancara los cardos, las espinas y las malas hierbas, se emplearía en esto con mucho gusto, porque la mayor gloria que una criatura puede tributar á Dios, consiste en someterse á su santa voluntad¹... »

Para entender bien esto, basta dar una ojeada en torno nuestro... ¿No veis este ángel custodio que nos acompaña? ¿Qué hace cerca de nosotros de día y de noche? ¿Porqué no se está allá arriba en el cielo, cantando alabanzas al Altísimo, con los millares de bienaventurados que exaltan á porfía la gloria de Dios tres veces santo? ¿Quereis saber lo que él hace? Esta ejecutando la voluntad de Dios, y aunque tuviese que permanecer á nuestro lado siglos enteros, se tendría por mas honrado, cumpliendo este humilde oficio, que brillando como el sol en medio de los astros del Paraíso.

Hé aquí un ejemplo mas sublime todavía... Penetremos juntos en Nazareth, en el humilde taller del carpintero, llamado José... ¿Veis á ese jóven aprendiz ocupado en afinar la madera y en recoger las virutas? Pues sabed que es Jesús, el Hijo de Dios, igual en todo al Padre. ¡El es el Rey del mundo, el Criador del universo!... Si el sol ha salido esta mañana, es por que El lo ha querido; entedlo bien... ¿Qué haceis, pues, ahí, oh mi adorable Salvador? — Cumpló la voluntad de mi Padre... ¡Qué enseñanza, hermanos carísimos! ¡Con qué eficacia nos enseña El, que la manera mas excelente de testificar nuestra odediencia y nuestro amor á Dios, es el someternos en todo, en todas partes y siempre á su adorable voluntad!... Labradores, viñeros, artesanos, todos en fin, cualquiera que sea nuestro oficio, tengamos presente, que si cumplimos cristianamente los deberes de la condicion, en que Dios nos

1. *Apud Blos, in dict. Patrum.*

ha colocado, iéndolo así le adoramos con respeto, y le testificamos nuestro amor.

Pero aun quiero ir mas lejos, hermanos míos... Esta sumision á la voluntad de Dios debe hacernos aceptar, ya no digo solamente con resignacion, sino que, añadiré aun con alegría interior las adversidades y tribulaciones de esta vida; pues Dios las quiere, las ordena. Pues bien, si nosotros le amamos de veras, debemos querer todo lo El ama y todo lo que dispone. Un feroz conquistador, llamado Atila, despues de haber arruinado gran número de provincias, llegaba á la ciudad de Troyes á la cabeza de sus hordas bárbaras. S. Lupo, obispo de esta ciudad, sale á su encuentro, para preservar su rebaño del pillaje. — ¿Quién sois vos, dijo al conquistador, que hayais arruinado tantas provincias y ciudades? — Yo, contestó el general bárbaro con la mano puesta sobre el pecho, yo soy el azote de Dios, y la yerba no brota de nuevo allí por donde ha pasado mi caballo. Pues si sois el azote de Dios, replicó el santo obispo, heridnos cuanto El quiera y os permita... Como desarmado por esta respuesta, tan cristiana y resignada, Atila se retiró, sin hacer daño á la ciudad¹...

Tales debieran ser, hermanos míos, nuestros sentimientos en medio de las varias pruebas que pueden sobrevenirnos. Enfermedades, bienvenidas seais pues es Dios quién os envía; sufrimientos, yo os acepto, pues venís de parte del soberano Dueño; calumnias, desgracias de fortuna ó naturaleza, Dios os ordena, Dios os quiere para mi bien; por esto me inclino ante su voluntad santísima, nada tengo que decir; sí le amo, debo someterme. Frio, calor, lluvias, nieves, vientos, borrascas, ya no me quejaré, ni murmuraré, cuando Dios os envíe, si le amo de verdad; vosotros sois ministros y mensajeros suyos, y yo debo acogeros como viniendo de su parte². Así la amorosísima Madre de Jesús, desolada sobre el Calvario, adoraba á Dios, no sólo resignándose, sino amando

1. Véase la *Historia de la Iglesia* por el abate Darras y la vida de S. Lupo.

2. Psal. CIII, v. 4.

tambien la voluntad divina que queria la inmolacion de su augusto Hijo. Por esto su mismo divino Hijo decia en el jardin de las olivas, en presencia de los dolores que le aguardaban : ¡ Padre mio, porque os amo, adoro vuestra voluntad ; que desaparezca la mia, para cumplirse la vuestra !...

Segunda parte. — ¡ Cuántas cosas me quedan todavía para deciros, hermanos míos, sobre los efectos que debe producir en nosotros la Caridad ; pero al terminar esta importantísima materia del amor de Dios por sí mismo, me fijaré en un solo misterio, prodigio de amor y digno para siempre de nuestras adoraciones y de nuestros respetos!... Tal es la sagrada Eucaristía... ¡ Ah! ya comprendo porque los paganos, al oír la explicacion de este adorable misterio, admiraban la inmensa bondad de Dios y exclamaban : ¡ Cuán bueno es el Dios de los cristianos, pues mora constantemente con ellos!... O glorioso S. Pablo, sin duda que teniaís á la vista, no sólo el misterio de la Redencion, sino tambien el sorprendente prodigio de la Eucaristía, cuando trasportado de admiracion por la inefable ternura del Dios que os había convertido, exclamabais : *Si alguien no ama a Jesucristo, no es digno de vivir*¹...

Hermanos carísimos, no digamos que nosotros amemos al Dios bondadoso, no tengamos la pretension de tener dentro de nuestros corazones la Caridad, si no nos sentimos atraídos de amor hacia la sagrada Eucaristía... Vais á comprenderlo enseguida... Si sois cristianos, si teneis Fé, si habeis hecho vuestra primera comunión, decidme : ¿ qué hay allí dentro del santo Tabernáculo ? Veamos, responded vosotros mismos. Si que es bien difícil me diréis, allí hay en cada hostia consagrada el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad del Salvador Jesús. — Es ciertísimo. Pues bien, ¿ podriais decirme, porqué Jesucristo habita y permanece de noche y de día en este estado de anonadamiento?... Pues á esto voy á contestaros yo mismo. Esto lo hace por amor vuestro ; El se abate de esa manera y permanece escondido en la sagrada Hostia para pro-

1. Epis. ad Corinth. xvi, v. 22.

tegeros, para bendeciros y para entregarse á cada uno de vosotros. ¿ Y aun tendréis la pretension de amarle los que jamás pensais en El, ni le haceis la menor visita, ni nunca os acercais á recibirle ? No, no, en verdad os lo digo, vosotros no le amais, y cualesquiera que sean vuestras palabras, la verdadera Caridad, el verdadero amor de Dios no se halla en vosotros...

Mirad, en efecto, si entre los santos y santas que pueblan las moradas del Paraíso, hallais uno ó una sola, que no haya tenido el mas ardiente amor á la sagrada Eucaristía. Apenas el divino Maestro hubo subido á los cielos, cuando los Apóstoles, por consolarse de su ausencia y continuar teniéndole presente entre ellos en el adorable sacramento, comenzaron á celebrar la santa Misa. ¡ Qué digna y santa asamblea fué aquella, en que esto tuvo lugar ! O dulcísima Virgen María, vos estabais allí en medio de ellos. Y Sta. María Magdalena, sta. Marta, Salomé y las demás piadosas mujeres, que habían amado á Jesús, no faltaban sin duda á la primera celebracion de este augustísimo sacrificio. Y es porque ellas tenían la Caridad dentro de su corazon y amaban profundamente á nuestro augusto Redentor.

Y ¿ qué os diré de los mártires ? Ellos amaban de veras á Dios, á lo menos así lo pienso, pues dieron su vida por El y muchísimos habrían querido prolongar sus sufrimientos, para mejor testificarle su amor. Venid, pues, emperadores, procónsules, paganos, perseguidores y verdugos de todo género, venid á torturarles, quemarles y despedazarles ; su amor será mas fuerte, mas intenso que vuestra crueldad. La vida poco les importa ; todos ellos *tienen el cielo dentro del corazon* y algunos, si quierdes hacerlos andar con los piés desnudos sobre brasas encendidas, os dicen que les parece andar sobre rosas.

Pero qué pretendía yo significaros, cuando os he dicho que los mártires *tenían el cielo dentro del corazon* ? ¿ Os parece acaso extraña esta expresion ? pues voy á explicárosla. Ellos tenían la Eucaristía allí dentro de su pecho. A riesgo de ser apedreados por el populacho, como lo fué S. Tarsilo, un miembro del clero cuidaba de llevársela. Otras veces un sacerdote, un pontífice mezclado en-

tre ellos decía misa y los comulgaba. No, los mártires mismos, á pesar de sus virtudes, de su valor y de su fé, no habrían querido expirar, como muchos cristianos de nuestros días, sin haber recibido el Viático. Y la razon de esto está en que el Dios que debía recompensarlos en el cielo, el Dios, por quien iban ellos á morir, era ese mismo Dios, que está presente en la sagrada Eucaristía. Ellos le amaban bajo todas las formas, de que ha querido revestirse; le amaban en la cruz, le amaban dentro del tabernáculo, como le aman ahora en el santuario de su eternidad... ¿ Me habeis comprendido bien, hermanos míos? En vez de conducirnos á esas alturas místicas, conocidas sólo de algunas almas predestinadas, he querido indicaros un medio sencillo y fácil de demostrar, si la Caridad, si el amor de Dios habita realmente en vosotros. ¿ Asistís con regularidad, cada día festivo por lo menos, asistís con fé, con piedad y devoción al santo sacrificio de la Misa? ¿ Os gusta rogar y venerar á Jesucristo, cuando se inmola sobre el altar, así como se inmoló sobre el Calvario?... ¿ Sois fieles en cumplir el precepto de la Iglesia, que os manda comulgar á lo menos una vez al año, y si vuestra posición os lo permite, (y ella nos lo permite á todos), sentís el deseo de acercaros con la mayor frecuencia posible á la sagrada mesa, y haceis los esfuerzos necesarios, para que este deseo sea una realidad? Si así lo haceis, si amais á Jesús en los abatimientos de su tabernáculo, si os sentís dichosos, cuando le veis honrado, visitado, recibido y glorificado, esto es un signo casi cierto... Diré mas; esto es un signo infalible, de que la Caridad, el amor de Dios reside en vuestras almas.

PERORACION. — Voy á concluir, hermanos míos, rogándoos, que no olvideis los dos principales efectos que debe producir en nosotros la Caridad, el amor de Dios por sí mismo. Para saber si amais á Dios, no os digais á vosotros mismos: Yo experimento éxtasis, raptos, momentos de fervor extraordinario, como los tuvieron los santos y santas, de quienes se nos habla con tanta frecuencia. No, digaos simplemente. ¿ Me hallo bien resignado y sometido á la voluntad de Dios y á sus designios sobre mí? Cuando digo á nuestro Padre, que está en los cielos, *hágase vuestra voluntad*, ¿ es tal mi deseo? ¿ Estoy dispuesto á aceptar con sumisión

y como enviadas por El, las penas, adversidades y tribulaciones?... Si vuestra conciencia os responde afirmativamente, os aseguro de que amais á Dios.

Además, si sentís vuestro corazón poseído de amor, de respeto y veneración hacia Jesús Sacramentado; si haceis los esfuerzos posibles para uniros con El, alma con alma, corazón con corazón, en este caso también os diré: estad tranquilos, tenéis la Caridad para con Dios, porque amando la voluntad de Dios y adorando la sagrada Eucaristía, reconocéis el poder de su Majestad suprema y quereis su gloria. ¡ Ah sí; este es el acto de adoración por excelencia!.. La gloria de Dios, el cumplimiento de su voluntad, esto es lo que quieren los santos y lo que querrán por toda la eternidad... Ellos nos asociarán á sus homenajes y á estos mismos pensamientos, si tenemos la dicha de ser admitidos un día á aquel magnífico reino del Paraíso que forma su recompensa... Así sea.

DÉCIMA QUINTA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

INSTRUCCION DÉCIMA TERCERA.

CARIDAD: OBLIGACION DE AMAR A NUESTRO PROJIMO: COMO DEBE REGULARSE ESTE AMOR.

TEXTO. — *Super omnia autem charitatem habete, quod est vinculum perfectionis.* Mas sobre todo tened caridad, que es vínculo de perfección.

(EPIST. AD COLOS. C. III, V. 14.)

EXORDIO. — Hermanos carísimos, permitidme que comience por deciros que, no sin cierto pesar, me veo precisado á dejar el asunto, de que os he hablado en las instrucciones precedentes,